

pero una vez pasado el primer momento de cólera, limitáronse á reclamar de Luis XIV el cumplimiento del tratado de repartición y entablaron negociaciones con él.

Uno y otro habían de reconocer forzosamente que ni Inglaterra ni Holanda querían la guerra. En noviembre, Guillermo se lamentaba á Heinsius de que los ingleses prefirieran la aceptación del testamento á la ejecución del reparto (que con la anexión de los presidios de Toscana y de las Dos Sicilias Francia habría hecho del Mediterráneo un lago francés) y le decía: «La única conducta que puedo seguir con este pueblo es comprometerle insensiblemente á la guerra.» Algunos días después, le escribía: «Todo el mundo me apremia para que reconozca al rey de España...; no veo modo de diferir esto por mucho tiempo...; no podéis figuraros cómo me acosan mis ministros acerca de este particular.» En enero de 1701 Guillermo confesaba al embajador imperial que no podía hacer la guerra; por otra parte, en Holanda, la aceptación del testamento por Luis XIV había producido un alza de los fondos públicos. Los holandeses estaban por entero consagrados á rehacer su hacienda y su comercio que habían sufrido mucho á consecuencia de la última guerra, y el partido republicano, antiguo enemigo de los Orange, sabía perfectamente que una guerra acrecentaría el poder de Guillermo y le pondría á él bajo su yugo. Sólo una cosa les inquietaba en esa cuestión magna de la sucesión, á saber, la posesión de los Países Bajos españoles por un príncipe francés; pero Luis XIV podía, si quería, tranquilizarles respecto de este particular, mediante ciertos arreglos.

De manera que Leopoldo no había de contar con las potencias marítimas para comenzar las hostilidades.

La mayoría de las demás potencias estaban dispuestas á reconocer el hecho consumado. Don Pedro de Portugal, solicitado por Inglaterra y por Francia, alióse con Luis XIV; el duque de Saboya, después de un momento de malhumor, escribió al rey felicitándole y contrajo compromisos con él; el duque de Baviera y su hermano el elector de Colonia hicieron lo propio; el nuevo papa Clemente XI reconoció á Felipe V; los demás príncipes de Italia estaban prontos á dejarse vencer; y los pequeños potentados de Alemania, irritados por haber sido Prusia elevada á reino, no deseaban otra cosa que vender su alianza á Francia.

CAPITULO II

FRANCIA Y LA COALICIÓN (1)

I. Faltas cometidas por Luis XIV. La gran alianza de la Haya. — II. Los primeros años de la guerra general. — III. Pérdida de Baviera; revés en España. — IV. Pérdida de Bélgica y del Milanesado. Negociaciones secretas. — V. Francia invadida. Conferencias en Holanda: Streydensaas y los preliminares de La Haya. — VI. Malplaquet y Geertruidenberg.

I.—Faltas cometidas por Luis XIV. La gran alianza de La Haya

El siglo XVIII inaugurábase, pues, «con un colmo de gloria y de prosperidad inauditas» para la casa de Borbón. La cuestión de España parecía definitivamente

(1) FUENTES: Además de las indicadas para todo el período: General Pelet, *Mémoires militaires relatifs à la succession d'Es-*

resuelta á favor suyo en los comienzos del año 1701; pero algunos meses después la situación había variado enteramente, y se iniciaba una guerra que había de ser la más larga y terrible del reinado de Luis XIV. Es muy probable que Europa no habría soportado eternamente el acrecentamiento enorme del poderío de los Borbones; pero también es cierto que algunos actos de Luis XIV provocaron y legitimaron la coalición de las potencias contra Francia.

Por virtud de cartas patentes registradas en el Parlamento, en 1.º de febrero de 1701, Luis XIV conservó al

pagne sous Louis XIV, extraits de la correspondance de la cour et des généraux... rédigés au dépôt de la guerre sous la direction de M. le lieutenant de Vault, Paris, 1835-1862, 11 vol. y un atlas en la «Collection des documents inédits.» Marqués de Vogüé, Le duc de Bourgogne et le duc de Beauvillier. Lettres inédites (1700-1708), 1900. Esnault, Michel Chamillart, contrôleur général des finances et secrétaire d'Etat de la guerre. Correspondance et papiers inédits, publicados por Le Buyet de Saint-Gervais, 1819, 3 vol. Mémoires du maréchal de Berwick. Colección Petitot, 2.ª serie, t. LXV y LXVI. Lettres du maréchal de Tessé, ed. del conde de Rambuteau, 1888. Mémoires du chevalier de Quincy, ed. Lecestre, 1898-1901, 3 vol. «Soc. Histoire de France.» Mémoires de M. le Marquis de Feuquiére, 1740, 4 vol. Mémoires de M. de Saint-J-H(ilaire), 1766, 4 vol., los tres últimos. Lecestre ha comenzado una edición de las mismas para la «Société de l'Histoire de France.» Mémoires de la Colonie, maréchal de camp des armées de l'électeur de Bavière (1692-1717), 1738, 3 vol. Mémoires du féid-maréchal comte de Mérode-Waterloo, 1840, 2 vol. Felicitige des Prinzen Eugen von Savoyan, pub. por el ministerio de la guerra de Austria, 17 vol., 1876-1892, sobre todo por la correspondencia militar del príncipe Eugenio durante la guerra de Sucesión de España. Röder v. Diersburg, Kriegs- und Staatschriften des Marggrafen Ludwig-Wilhelm v. Baden. Über der spanischen Erbfolgekrieg, 1850. Mémoires de Forbin et de Duguay-Trouin, en la Colección Petitot, 2.ª serie, t. LXXIV y LXXV.

OBRRAS: Además de las indicadas para todo el período: las *Feldzüge des Prinzen Eugen*, citadas anteriormente. Marqués de Quincy, *Histoire militaire du règne de Louis le Grand*, 1726, á partir del t. III. *Histoire de Polybe*, con un comentario por M. de Folard, 6 vol. 1727-1730. De Bellerive, *Les dernières campagnes de L. J. de Vendôme*, 1714. M. de Broglie, *Catinat, l'homme et la vie (1637-1712)*, 1902. Marqués de Vogüé, *Villars, d'après sa correspondance*, 1888. El mismo, *Un dernier mot sur Villars*, en el «Correspondent», 1904. Teniente M. Sautai, *Les Princes de la Prézelière*, 1901. Cap. Valot, *Les opérations militaires sur la frontière de la Savoie et du Haut-Dauphiné au XVIII^e siècle et la guerre de la Succession d'Espagne*, 1806. Gachard, *Histoire de Belgique au commencement du XVIII^e siècle*, 1880. Ettore Parri, *Victorio-Amedeo II ed Eugenio di Savoia nella guerra della Successione spagnuola*, 1888. J. Dumont, *Histoire militaire du prince Eugène de Savoie, du prince de Marlborough et du prince de Nassau*, 1729-1747, 3 vol. Von Arneht, *Das Leben des Feldmarschalls Grafen Guido Starhemberg (1657-1737)*, 1853. Landau, *Geschichte Kaisers Karl VI als König von Spanien*, 1889. Schwencke, *Geschichte der hannoverschen Truppen im Spanischen Erbfolgekriege*, 1862. Parnell, *The war of the Succession in Spain, during the reign of queen Anne (1702, 1711)*, 1888. Fortescue, *History of the British army*, 3 vol. el t. I. Chabaud, Arnault, *Histoire des flottes militaires*, 1889. Chevalier, *Histoire de la marine française depuis le début de la monarchie jusqu'au traité de Paris de 1763*, 1902. De Charlevoix, *Histoire de l'île Espagnole ou de Saint-Domingue*, 1730, 2 vol. é *Histoire et description générale de la Nouvelle France*, 1744, 3 vol. Barón du Casse, *L'almirant du Casse, chevalier de la Toison d'Or*, (1646, 1715). Poulain, *Duguay-Trouin, corsaire, écrivain, d'après des documents inédits*, 1882. Calmon-Maison, *Le maréchal de Château-Renault (1637-1716)*, 1903. Mahan, *Influence de la puissance maritime dans l'histoire (1660-1783)*, trad. E. Boisse, 1899. J. S. Corbett, *England in the Mediterranean; a study of the rise and influence of the British power within the straits (1603-1713)*, t. II, 1904. G. Scelle *La traite négrière aux Indes de Castille. Contrats et traités d'Assiento*, Tesis de derecho, París, 2 vol., 1906.

duque de Anjou y á sus descendientes sus derechos á la corona de Francia dentro del orden natural de sucesión, es decir, antes del duque de Berri. En realidad esto no constituía una violación de la cláusula del testamento que prohibía la reunión en una misma persona de las coronas de Francia y de España, puesto que las cartas patentes no decían que Felipe, si llegaba á ser rey de Francia, continuaría siendo rey de España, y por otra parte el duque de Anjou estaba separado de la corona francesa por dos personas, el Delfín y el duque de Borgoña; sin embargo aquel acto se prestaba á sospechas y cuando menos era inoportuno.

Mucho más grave fué la cuestión de las plazas de barrera. No había peligro ni gran inconveniente para Francia ni para España en que aquellas plazas continuasen ocupadas por los soldados holandeses; pero Luis XIV quiso que su nieto fuese dueño absoluto en sus dominios, y en 17 de noviembre de 1700 ofreció al gobierno de Madrid la ayuda de las tropas francesas para expulsar á los holandeses de las ciudades belgas en el caso de que no quisieran salir de ellas de buen grado. Vaciló, sin embargo, cuando su embajador le comunicó que los Estados Generales declararían la guerra si entraban en Bélgica regimientos franceses; y además quiso esperar á que Holanda reconociese á Felipe V como rey de España. Mas viendo que Holanda tardaba en decidirse, resolvió ejecutar su plan y lo ejecutó brutalmente, pues en vez de pedir á los holandeses que repatriasen á sus soldados, hizo que los suyos penetrasen en las plazas de barrera en la noche del 5 al 6 de febrero de 1701 en virtud de orden del gobernador de los Países Bajos. Las guarniciones holandesas no fueron expulsadas sino, por el contrario, «retenidas en prenda de las resoluciones que los Estados Generales adoptasen.»

Los holandeses, al tener noticia de esto, se exasperaron, pero disimularon su cólera porque no podían romper inmediatamente las hostilidades, ya que necesitaban algún tiempo para dejar que regresasen los buques que tenían diseminados por todos los mares y para vender sus mercancías depositadas en España. Por otra parte, no tenían tropas bastantes, desde el momento en que sus mejores y más veteranos soldados, que ocupaban las plazas belgas, estaban á la merced del rey de Francia. En su consecuencia, el gobierno holandés, resuelto á disimular, manifestó que habría retirado sus guarniciones si hubiese creído que podían despertar suspicacias y se lamentó de que estuvieran detenidas. En 22 de febrero de 1701 reconoció á Felipe V, pero así que Luis XIV hubo devuelto la libertad á las guarniciones holandesas, las Provincias Unidas reclamaron la evacuación de Bélgica por las tropas francesas, aumentaron su ejército, armaron sus barcos y pidieron el auxilio de Inglaterra.

En Inglaterra, al saberse la entrada de los franceses en Bélgica, había parecido inminente la guerra, y el público había acudido en tropel á las platerías y al banco reclamando sus depósitos de dinero; pero la Cámara de los Comunes persistía en querer conformarse con el advenimiento de Felipe de Anjou al trono de España é instaba á Guillermo para que lo reconociera. Éste, para llevar á cabo los propósitos de que había hablado á Heinsius, comunicó al Parlamento, en febrero de

1701, una carta interceptada que revelaba un complot jacobista dirigido contra su persona y un proyecto de desembarco en Inglaterra; aquella conspiración era mentira, no obstante lo cual el Parlamento, para desalentar á los partidarios de Jacobo, fijó la sucesión al trono en la línea protestante y llamó á la corona, en defecto de hijos de Guillermo y de la princesa, á una nieta de Jacobo I, la princesa Sofía, electora madre de Hannover, y á su descendencia.

Por otra parte, el rey de Inglaterra impidió que los holandeses se entendieran con Francia. Luis XIV había al fin decidido á hacer algunas concesiones á los Estados Generales, prometiendo en 5 de marzo retirar sus soldados de Bélgica á medida que pudieran reemplazarlos las tropas españolas y proponiendo negociaciones para allanar las demás dificultades; pero el gobierno holandés no quiso entrar en discusiones sino con la condición de que en la negociación habría de ser admitido el embajador británico Alejandro Stanhope. El día 22 de marzo, los representantes de las potencias marítimas entregaron al embajador de Francia la lista de sus pretensiones: «una satisfacción razonable» para el emperador en lo tocante á sus derechos á la sucesión de España; la evacuación definitiva de Bélgica por las tropas francesas; la promesa de que ninguna posesión española sería jamás cedida á Francia, y la cesión de diez plazas de barrera á los holandeses y de dos, Ostende y Nieupoort, á los ingleses.

Luis XIV puso los Países Bajos en buen estado de defensa, mandando fortificar Amberes y las plazas principales y abrir desde Ostende al Escalda y del Escalda al Mosa líneas compuestas de fosos y de trincheras, y contestó á la memoria de las potencias marítimas con el ofrecimiento de confirmar simplemente la paz de Ryswyk. Guillermo III tomó como pretexto aquella respuesta para influir sobre su Parlamento, al que entregó en 11 de abril un llamamiento apremiante de los Estados Generales y pidió que declarase «que el tratado de Ryswyk no era una seguridad y que Inglaterra no quería separar sus intereses de los de la República.» Pidióle asimismo que votase «un subsidio que le pusiera en condiciones de auxiliar á los Estados, de conformidad con los tratados existentes.» El Parlamento le autorizó para tomar las medidas necesarias á la protección de Holanda; pero la mayoría tory se negó á confundir los intereses de las dos potencias, y Guillermo, cediendo á la presión de sus ministros, se decidió, en 17 de abril de 1701, á reconocer á Felipe V.

En Holanda, de Avaux gestionaba por bajo mano y excitaba á los comerciantes de Amsterdam á que se declarasen en favor de la paz. Guillermo y Heinsius, para acabar con esas intrigas, propusieron, en 2 de mayo, que se reanudasen las negociaciones oficiales. De Avaux negóse, al principio, á admitir en las conferencias al embajador de la Gran Bretaña; pero luego Luis XIV consintió en que se le admitiera, con la condición de que se le considerase como ministro de una potencia aliada, no como parte contratante. Los holandeses pusieron el grito en el cielo y, pretextando que se quería tenderles un lazo al separar sus intereses de los de la Gran Bretaña, dirigiéronse de nuevo á Guillermo, en 13 de mayo, para pedirle socorros. Después de enumerar todos sus agravios (la cuestión de las plazas de ba-

rerá, las líneas abiertas por los franceses desde Ostende al Mosa, los fuertes por los mismos construidos á tiro de los cañones de las plazas holandesas), decían que, amenazados por fuerzas considerables, habían tenido que romper sus diques é inundar su territorio; que, respetando la alianza que les unía á Inglaterra, se habían negado á negociar separadamente con Francia, y que, viéndose gravemente amenazados, invocaban aquella alianza y reclamaban socorros.

Aquel nuevo mensaje causó extraordinaria emoción en toda Inglaterra, en donde la opinión pública se declaró en favor de Holanda y se realizaron varias manifestaciones galóforas. Dos memoriales enviados á la Cámara de los Comunes, uno por los electores del condado de Kent y otra que llevaba por firma *Legión*, intimaron á la cámara á que votase los contingentes necesarios, y el Parlamento concedió 2 millones setecientas mil libras esterlinas para subvenir á los gastos del año siguiente, votó el sostenimiento de treinta mil marinos, dispuso que diez mil hombres fuesen trasladados desde Irlanda á los Países Bajos, y finalmente autorizó á Guillermo para que concertase todas las alianzas necesarias á la seguridad de Inglaterra y á la independencia de Europa.

Guillermo III había, pues, logrado lo que se proponía: «Los miembros de la Cámara de los Comunes, escribía en 20 de mayo á Heinsius, empiezan á estar animados de tal ardor que hoy no se hablaba allí más que de la necesidad de emprender la guerra... Paréceme evidente que, después de lo sucedido, pueden darse por rotas las negociaciones con Francia.»

Luis XIV, para no aparecer como agresor y para echar sobre los aliados la responsabilidad de la guerra, permitió, en 9 de junio, á de Avaux que admitiese en las conferencias á Stanhope como parte interesada; pero entonces éste dijo que no podía negociarse sin un representante del emperador y Heinsius manifestó que habría de tratarse, no sólo de la seguridad de Holanda, sino también de la satisfacción que debería darse á Leopoldo. Estas pretensiones eran inadmisibles porque el emperador estaba, desde hacía un mes, en lucha abierta con Francia, y sus tropas, que últimamente habían pasado los Alpes, se disponían á atacar el Milanesado; además, Luis XIV no podía permitir que los holandeses «se erigieran en árbitros entre la casa de Francia y la de Austria, y finalmente sabía que los ingleses meditaban golpes de mano contra Canarias, Gibraltar y Menorca y que los holandeses habían levantado mapas en los cuales estaban pintadas de verde las partes de Bélgica que querían anexionarse. Era evidente que las potencias marítimas, al prestarse á entrar en negociaciones, pretendían tan sólo ganar tiempo; en su consecuencia, Luis XIV llamó á Francia á de Avaux.

El monarca francés había establecido una unión íntima con España; él era quien aconsejaba al gobierno español y se reservaba la decisión de todos los asuntos; franceses en su mayoría eran los regimientos que defendían el Milanesado contra el ejército austriaco; y en los Países Bajos, el marqués de Bedmar, que mandaba las tropas españolas, sólo obedecía las instrucciones de Versalles. Escuadras francesas vigilaban las costas americanas; todo el comercio de las colonias pasaba á manos de negociantes franceses, y á la compañía francesa

de Guinea habíase otorgado el *Asiento*, es decir, el monopolio de la introducción y venta de los negros. Díjase que las dos coronas se juntaban en la cabeza de Luis XIV.

Con este proceder, el rey de Francia se indisponía irremisiblemente con Inglaterra y con Holanda; por esto el emperador, á quien envalentonaban algunos triunfos conseguidos en Italia, creía que aquellas potencias se declararían en favor suyo. Pero ni Holanda ni Inglaterra querían que el emperador ó el archiduque Carlos substituyesen á Felipe V y sabían cuán difícil había de ser expulsar á éste de España, en donde había sido tan bien acogido. Leopoldo hubo, pues, de contentarse con el tratado de alianza firmado en 7 de septiembre de 1701 en La Haya. Las partes contratantes convenían en «procurar á Su Majestad Imperial una satisfacción justa y razonable en lo tocante á sus pretensiones á la sucesión» y en dar á las potencias marítimas «una seguridad especial» para sus naciones y para su comercio. Fijaban un plazo de dos meses para obtener de Luis XIV una transacción amistosa, y en caso de que el monarca se negase á ella, los aliados unirían sus esfuerzos para conquistar los Países Bajos españoles, que servirían de «dique, de muralla y de barrera, para alejar á Francia de las Provincias Unidas;» el Milanesado, que volvería á poder del emperador por ser feudo imperial y necesario á la seguridad de las provincias austriacas, y Nápoles, Sicilia y los Presidios de Toscana, «que podrían servir para el mismo fin y ser útiles al comercio inglés y holandés.» Todos los territorios y todas las plazas de la América española que los ingleses y los holandeses tomasen «para utilidad y comodidad de su navegación y de su comercio,» quedarían en su poder. Los aliados no tratarían de la paz más que todos juntos. Entre las condiciones esenciales, había las siguientes: los dos reinos de Francia y España quedarán para siempre separados; los ingleses y los holandeses tendrán en España y en las Indias los privilegios de que gozaban en tiempo de Carlos II; á los franceses le estará prohibido el comercio de las colonias españolas. En resumen, el acta de la Haya era un tratado de repartición muy parecido, en cuanto á la distribución de las particiones aunque variando los partícipes, al que había sido firmado en 1700 (1); pero en él las potencias marítimas se aseguraban grandes ventajas, y además no lo firmaban con Francia, sino con el emperador. El tratado de la Haya, conminatorio para Luis XIV, fué la respuesta á la conducta de éste después de la aceptación del testamento; las faltas del monarca francés proporcionaron á Guillermo el pretexto deseado para empeñar á los ingleses y á los holandeses, unidos al emperador, en una lucha contra Francia.

En el entretanto, seguía su curso en Italia la guerra entre el imperio y Francia. Desde principios de 1701, Luis XIV, previendo que el principal objetivo del emperador sería el Milanesado, había adoptado las convenientes precauciones para defender la Italia del Norte: había dejado el mando del Milanesado al príncipe Vaudemont, ex gobernador del tiempo de Carlos II, que, no obstante sus relaciones con Guillermo III y Leopoldo, habíase mostrado súbdito leal del nuevo rey;

(1) Véase pág. 389.

las guarniciones españolas habían sido reforzadas con francesas puestas á las órdenes de Catinat, y fuerzas francesas ocupaban también las plazas de Mirandola, Mantua y Módena, con el asentimiento más ó menos espontáneo de los respectivos príncipes. El duque de Saboya, cuya alianza era esencial para asegurar las comunicaciones entre Francia y el Milanesado, se había visto obligado á firmar con Luis XIV, en 6 de abril de 1701, el tratado de Turin, y aunque, con gran pesar suyo, no obtuvo la promesa de un aumento territorial ó de la permuta de Saboya y Niza con el Milanesado, en cambio fué generalísimo del ejército de las dos coronas en Italia y recibió ciento cincuenta mil libras mensuales para el sostenimiento de ocho mil infantes y dos mil quinientos jinetes. Por lo demás, ni estas ventajas ni el matrimonio de su segunda hija con Felipe V eran razones suficientes para ligar indisolublemente á Francia al duque de Saboya, que no había roto todas sus relaciones con el emperador y quería, como dice Tessé, «tener un pie en dos zapatos.»

El príncipe Eugenio, lleno de gloria por sus victorias sobre los turcos y aleccionado por las faltas que cometieran los imperiales en la última guerra contra Francia, dispúsose á atacar á Catinat; y mientras éste le esperaba en los desfiladeros situados al Oeste del Adige, atravesó los Alpes por el Brenner, penetró en Venecia y maniobró de tal manera que los tropas francesas, después de haberle dejado pasar el Adige, hubieron de replegarse, á partir del 16 de junio, detrás del Mincio y luego detrás del Oglio. Catinat había dirigido mal aquella campaña, en vista de lo cual Luis XIV puso al frente del ejército de Italia al mariscal de Villeroy, cuyo principal mérito consistía en ser un cortésano modelo. Villeroy repasó el Oglio en 29 de agosto, y el 1.º de septiembre cayó en una emboscada que le tendió Eugenio, atacando Chiavi, en donde el príncipe había fingido no dejar más que un pequeño destacamento. Al acercarse los franceses á aquella plaza fueron contenidos por un terrible fuego de fusilería; todos los imperiales estaban allí y los franceses hubieron de batirse en retirada.

La insuficiencia de Catinat, la incapacidad de Villeroy, las disensiones entre los jefes de los tres contingentes, francés, español y saboyano, y por último la hábil estrategia del príncipe Eugenio, bastan para explicar los reveses de aquella campaña, no siendo necesario añadir á estas causas una traición de Víctor Amadeo. Sin embargo, aunque no existen pruebas de que el duque estuviese en correspondencia con el enemigo, es lo cierto que acogiéndose como se acogió á sus cuarteles de invierno antes de tiempo, condenó al ejército francés á retirarse entre el Oglio y el Po, con lo cual los imperiales pudieron libremente instalarse en el Mantuano, en el que no conservábamos más plazas que Mantua y Goito, y para apoderarse de Guastalla, Mirandola y Módena.

Como se ve, las primeras hostilidades habían sido desfavorables á Francia, á pesar de no haber tenido que luchar más que con un enemigo. Ello no obstante, Luis XIV iba á cometer la mayor de las imprudencias.

En 16 de septiembre falleció en Saint-Germain Jacobo II, y antes de que esta muerte ocurriera, Luis XIV

había deliberado con sus ministros para ver si daría el título de rey de Inglaterra al hijo de aquél. El Consejo había opinado que no debía hacerlo; pero el monarca había acogido espléndidamente á la familia desterrada, y las relaciones entre el palacio de Saint Germain, en donde la había instalado, y el palacio de Versalles eran amistosas y frecuentes. Además la reina de Inglaterra era amiga de la señora de Maintenón, y Luis XIV no supo resistir á las instancias de una y otra, reconociendo, en su consecuencia, como rey de Inglaterra á Jacobo III; y aun cuando hacía una distinción entre Guillermo, «rey de hecho,» y Jacobo, «rey de derecho,» es lo cierto que con aquel reconocimiento violaba la paz de Ryswyk y provocaba al rey Guillermo y al Parlamento que hacía poco había fijado la sucesión al trono en la línea protestante.

Desde aquel momento los sucesos se precipitan. El sentimiento nacional se subleva; multitud de mensajes de fidelidad al rey llenan la Gaceta de Londres, que para publicarlos triplica el número de sus columnas, y Guillermo, que nunca se ha visto tan agasajado, llama á su embajador en París, da las dimisorias al de Francia y se aprovecha de aquella ruptura para no poner en conocimiento de Luis XIV que los aliados habían convenido un plazo de dos meses para buscar una solución pacífica, suprimiendo de esta suerte toda posibilidad de inteligencia. Además disuelve el Parlamento cuya mayoría le es hostil; las elecciones dan el triunfo á los whigs más radicales y á los enemigos más resueltos de Francia, y el nuevo Parlamento vota subsidios para la guerra y dos bills, el «d'attainder,» que declara á Jacobo III sometido á un proceso por alta traición si vuelve á poner los pies en Inglaterra, y el «de abjuración,» que obliga á todos los funcionarios de la corona, civiles y militares, á renegar de la causa del pretendiente. En lo sucesivo Luis XIV tendrá que habérselas con la nación y con el rey de Inglaterra unidos contra él.

Pero Guillermo III falleció en 19 de marzo de 1702, en el momento en que iba á declarar la guerra. Treinta años hacía que era el gran adversario y como el enemigo personal de Luis XIV contra quien había al fin logrado, á fuerza de habilidad y de paciencia, coligar á Europa. Creyóse que su muerte cambiaría la faz de las cosas, y así Boufflers escribía en 25 de marzo á Felipe V: «La muerte del rey Guillermo... modificará notablemente, según todas las apariencias, los asuntos de Europa y en particular las resoluciones y los proyectos de los Estados Generales; y ese gran suceso parece visiblemente un decreto del cielo para afirmar más prontamente á Vuestra Majestad en los reinos y Estados.» En 3 de abril, la señora de los Ursinos decía en una carta á Torcy: «He aquí un gran golpe de la mano de Dios que aparentemente dará la paz á Europa.» Pareció, en efecto, que iba á producirse un gran cambio. La reina Ana, que sucedía á su cuñado Guillermo, considerábase, por escrúpulo de conciencia, como usurpadora de la corona, que hubiera debido corresponder á su hermano Jacobo III y pensaba en preparar el regreso del pretendiente; pero no pudo hacer más que continuar la política de su predecesor y hubo de declarar que cumpliría los compromisos contraídos. Y el Parlamento, que nunca había dado de buen grado tropas á Guillermo III, porque temía de éste un atentado contra

las libertades públicas, no regateará á una mujer ni los subsidios ni las levas.

En las Provincias Unidas, la noticia de la muerte de Guillermo produjo gran consternación, si bien en Zelanda «algunos individuos del populacho cometieron insolencias como si aquel buen rey hubiese oprimido sus libertades,» y los Estados Generales se apresuraron á abolir el estatuto. Como se ve, los republicanos no habían olvidado sus rencores contra el rey-estatúder; esto no obstante continuaron su política, adoptando los Estados la resolución «de hacer todo lo necesario para la conservación del Estado en su libertad y en su religión y para el mantenimiento y la ejecución de las alianzas.» Una tentativa de Luis XIV para reanudar las negociaciones no dió ningún resultado.

Y en 15 de mayo de 1702 publicáronse simultáneamente las declaraciones de guerra de Inglaterra, de Holanda y del emperador.

II.—Los primeros años de la guerra general

A las tres potencias signatarias del tratado de La Haya habíanse unido: el rey de Dinamarca, Federico IV, que por el tratado de Odensee, de 20 de enero de 1701, habíase comprometido á proporcionar doce mil hombres á Holanda, mediante un subsidio anual de trescientos mil escudos, y casi todos los príncipes alemanes, el rey de Prusia, el elector de Hannover, el elector palatino, el duque de Luxemburgo, el duque de Mecklemburgo-Schwerin, el obispo de Wurtzburgo, el obispo de Múnster, etc., cuya cooperación habían comprado los aliados. Los ejércitos, compuestos principalmente de alemanes y que contaban doscientos cincuenta mil hombres en 1702, eran pagados por las potencias marítimas. «Sucede en todas las alianzas que á la larga se da mucho menos de lo que se había prometido; Inglaterra, por el contrario, dió, el segundo año, cincuenta mil hombres en vez de cuarenta mil y al final de la guerra mantuvo, entre sus tropas y las de sus aliados, cerca de doscientos mil soldados y marinos combatientes.» Este gasto casi increíble, podía permitírsele aquella nación gracias á su comercio y á su crédito.

La coalición fué dirigida por Heinsius, por el príncipe Eugenio y por Marlborough, que constituyeron el «triumvirato» de la liga.

Heinsius tenía entonces sesenta años y había entrado en la vida política en 1669 como diputado de la ciudad de Delft en los Estados de Holanda. En un principio, habíase mostrado partidario de la alianza francesa; pero temeroso de que la ambición de Luis XIV fuese un peligro para la independencia de su patria, se había aproximado al príncipe de Orange. Nombrado en 1689 gran pensionario de la provincia de Holanda, había dirigido los negocios exteriores de la república conforme á las miras de Guillermo III, y muerto éste, continuó su política. Ese personaje importante vivía con gran sencillez, en una casa de apariencia modesta, con un secretario y tres criados; era un trabajador infatigable que quería enterarse de todo personalmente, leía los despachos de los embajadores, los contestaba de su puño y letra y recibía á los diplomáticos extranjeros; y en la discusión hablaba poco, hacía hablar á los demás y cortaba en seco las habladurías sin substancia. Nadie se

había sentido más profundamente ofendido que él de las insolencias y del orgullo de Francia, y se acordó toda su vida de que Louvois, en 1681, le había amenazado con encerrarlo en la Bastilla.

Eugenio, nieto de un príncipe de Saboya Carignán, era hijo del conde de Soissons y de Olimpia Manzini, la célebre sobrina de Mazarino. Destinado al estado eclesiástico, el cura de Saboya, como le llamaban, había preferido la carrera de las armas, y en 1683, á la edad de veinte años, perdida toda esperanza de que Luis XIV le diera un regimiento, se había alistado por despecho en el ejército austriaco, en el que había hecho la guerra contra los turcos y contra los franceses. No era un gran táctico, pero «meditaba profundamente sus planes» y los ejecutaba con rapidez; estaba dotado de prudencia y sangre fría, mas también de audacia y hasta de temeridad en el momento decisivo.

Juan Churchill, conde y luego duque de Marlborough, novato en los grandes negocios, había comenzado su fortuna merced á su buena suerte en lides amorosas, pues era un personaje seductor; cuando hacía sus primeras armas con Turena, llamábanle «el guapo inglés.» En política era hombre sumamente hábil «y mandaba en el Parlamento por su influencia y por la de Godolphin, tesorero mayor cuyo hijo se casó con su hija,» y en la reina por el extraordinario ascendiente que sobre ella había conquistado su esposa. Era excelente capitán, con la doble virtud de la osadía y de la calma, y astuto diplomático, tan buen negociador como combatiente. Por lo demás, ambicionaba tanto el provecho como los honores y se enriqueció con la administración de sus ejércitos.

Los triunviros, los dos primeros por lo menos, abrigan respecto de Luis XIV sentimientos que parecían odios personales y juntos perseguían el desquite de Europa contra los abusos de fuerza cometidos por Luis XIV, y disponían de un poder considerable. Inglaterra y Holanda eran ricas; Guillermo III había dado gran desarrollo á la marina inglesa, que en 1702 contaba con cerca de trescientos buques de guerra, de ellos ciento setenta navíos de línea; y el Austria tenía ejércitos aguerridos en sus campañas del Danubio y reforzados por la masa numerosa de hombres comprados á los príncipes alemanes.

Francia estaba fatigada; su hacienda sólo se alimentaba merced á expedientes del fisco, y del antiguo personal de gobierno no quedaba más que Luis XIV. Ciertamente que no faltaban hombres de mérito en los consejos ni en el ejército: Torcy dirigía los negocios extranjeros, Chamlay, el antiguo colaborador de Louvois, de Turena y de Condé, después de muerto Barbezieux en 1701, seguía siendo aún el mariscal de logis de los ejércitos y trazando los planes de campaña; y Vendome, Berwick y Villars habían demostrado ó demostrarían ser grandes militares; pero al lado de esos hombres aparecían, en primer término, medianías peligrosas. El sucesor de Barbezieux en el departamento de la guerra era el director general de la hacienda, Chamillart, que por la acumulación de esos dos cargos venía á ser una especie de primer ministro; pero si era buen cortesano y había sabido agradar al rey y á la señora de Maintenón, en cambio no era «político, guerrero, ni siquiera hacendista,» según palabras de Voltaire. En 1709 sucederá á

Chamillart, en el departamento de la guerra, un ex intendente del Hainaut, el consejero de Estado Voysin, «de quien hace lo que quiere la señora de Maintenón;» y del mismo modo el favor de la corte proporcionaba mandos á Villeroy, á Tallard, á Marcin, á «generales de afición, de fantasía, de favor, de gabinete—escribe Saint-Simon,—á quienes el rey creía dar, como á sus ministros, la capacidad con la credencial.» Luis XIV contaba más que nunca consigo mismo; estaba celoso de su autoridad y pretendía dirigir desde Versalles las operaciones militares: «Vuestra Majestad, atrevióse á decirle un día Catinat, me hace el honor de escribirme que sólo conoce Alemania por los mapas... Permítame que le diga que los que están en los lugares ven mejor que los que no están.»

Luis XIV había tomado, poco antes de la guerra, una disposición excelente que fué dotar de dos batallones á los regimientos de infantería que no tenían más que uno, recurriendo para ello á las milicias, como en 1688, y ordenando el reclutamiento de cincuenta y siete batallones de milicianos voluntarios, que, mezclados con los veteranos, tendrían tiempo para adquirir aplomo é instrucción militar suficiente. Pero en enero de 1702 mudó de parecer y ordenó la formación de cien nuevos regimientos de un batallón, repartiendo las comisionés entre oficiales que debían reclutarlos á su costa. «Esta leva fué la ruina de la infantería:» la formación de nuevos estados mayores desorganizó los antiguos y para llenar los cuadros hubo necesidad de aceptar los servicios de aventureros que carecían de toda experiencia guerrera. Y si de una parte los malos oficiales eran numerosos, de otra las tropas, reclutadas precipitadamente y enviadas á las fronteras sin preparación y á marchas forzadas, no tenían cohesión. La caballería, incluso los dragones, estaba mal armada y mal montada; contaba unos cuarenta mil hombres que, con los ciento sesenta mil de la infantería, formaban un total de doscientos mil hombres en pie de guerra. La marina, administrada desde 1699 por Jerónimo de Pontchartrain componíase á lo sumo de ochenta navíos de línea, y el secretario de Estado cometió la torpeza de dividirlos en varias pequeñas escuadras. Una parte de la escuadra de Poniente habíase hecho á la vela con rumbo á América y la de Levante había salido de Tolón y pasado el estrecho de Gibraltar, quedando sólo treinta galeras para el servicio del Mediterráneo. Bien es verdad que había que añadir á la flota del rey lo que podría llamarse flota voluntaria, formada por gran número de buques armados en corso por particulares.

Francia debía defenderse no sólo á sí misma en todas sus fronteras y en todas sus costas, sino también á la monarquía española. Uno de los franceses que habían seguido á Felipe V á Madrid, el marqués de Louville, «mentor titular» del joven rey, decía de éste: «Es un rey que no ha reinado ni reinará jamás;» efectivamente, Felipe era una medianía, indolente, tímido, y su esposa, la hija segunda de Víctor Amadeo de Saboya, tenía la movilidad de espíritu de un niño. La princesa de los Ursinos, á quien el rey de Francia había designado como camarera mayor, era una mujer de gran entendimiento, pero aficionada en demasía á las intrigas. El gobierno estaba en manos de hombres de mediana capacidad que desconfiaban de los recién llegados y consideraban como un exceso de poder de Luis XIV

la más insignificante reforma propuesta por los franceses; de suerte que la gran ilusión de los primeros días, la ilusión de un aumento de gloria y de poderío de Francia, se desvanecía: España, decía Fenelón, es un «cuerpo muerto que no se desfiende.»

Pero á lo menos tenía Francia algunos aliados útiles: en primer lugar, los dos electores de la casa de Wittelsbach, el de Baviera, Maximiliano Manuel, y su hermano José Clemente, arzobispo de Colonia y obispo de Lieja; el duque de Saboya, Víctor Amadeo, y el rey don Pedro de Portugal. La alianza de Víctor Amadeo permitía á las tropas francesas el paso de los Alpes y facilitaba la defensa del Milanés; el electorado de Colonia y el obispado de Lieja eran una excelente base de operaciones, y para obrar en el corazón de Alemania contaba Luis XIV con Maximiliano, que en 9 de marzo de 1701 había firmado en Versalles un «tratado de estrecha alianza» por virtud del cual, mediante el compromiso de poner en pie de guerra diez mil hombres para apoyar los derechos de Felipe V, conservaba el gobierno de los Países Bajos españoles, se hacía garantizar por Luis XIV la integridad de sus Estados ó, en caso de que le fuese arrebatada Baviera, un equivalente mientras esperase la restitución de ésta, y una promesa de apoyo para cuando se efectuase la elección imperial. Finalmente, por el tratado de Lisboa de 18 de junio de 1701, el rey don Pedro se había declarado á favor de las dos coronas, á cambio de subsidios, por la esperanza de un engrandecimiento territorial en el Brasil y mediante algunas indemnizaciones á la compañía portuguesa para la trata de negros; gracias á ello, ese monarca cerrará sus puertas á los buques enemigos, con lo que quedará conjurado el peligro de una invasión del territorio español por el lado de Portugal.

Merced á esas alianzas, durante los dos primeros años, 1702 y 1703, no habrá guerra en territorio francés ni en la España peninsular.

Desde la ocupación de las plazas de barrera por las tropas de Luis XIV, franceses y holandeses habían procurado fortificarse. Los holandeses poseían una serie de plazas fuertes, dispuestas en semicírculo y fáciles de inundar, las más importantes de las cuales eran la Esclusa, Hulst, Berg op Zoom, Breda, Bois-le-Duc, Grave, Nimega y, más al Sur, Maestricht, que, bien armadas y guarnecidas por buenas tropas, cerraban la entrada del territorio de la República. Los Países Bajos españoles estaban menos bien defendidos contra un ataque holandés por las fortalezas de Amberes, Malinas, Lovaina, Ruremonde y Venloo, que se hallaban en mal estado. Desde el territorio de Waes hasta el Mosa, hacia Huy, habíanse establecido parapetos, trincheras y fosos, y los regimientos españoles y bávaros fueron reforzados con algunos cuerpos franceses, pero su número no era suficiente para defender los Países Bajos y el electorado de Colonia, quedando amenazada la parte septentrional de éste y sobre todo la Güeldres española que formaba una lengua de tierra entre Holanda y el imperio.

En el electorado de Colonia se iniciaron las hostilidades. En abril de 1702, un cuerpo de tropas holandesas puso sitio á Kaiserswerth, en el Rhin, entre Dusseldorf y Duisburgo, y aunque entró Güeldres y el